

LAS NAVAS DE TOLOSA

El tiempo era sorprendentemente cálido, teniendo en cuenta que nos encontrábamos en Burgos. Por eso habíamos decidido aprovechar para dar un tranquilo paseo de visita al Monasterio de las Huelgas. Durante el camino, mi padre nos iba contando mil y una historias del entorno, de la época en que se construyó y de las numerosas leyendas que rodean el lugar. Supongo que, visto con perspectiva, aquello ayudó a que mi imaginación se desbocase y creyera ver lo que no podía ser, pero que tan vívidamente contemplé entre aquellos muros.

Cruzamos el río justo enfrente del arco de Santa María, y ahí supongo que empezaría mi fantasía a animarse, con todos aquellos personajes que forman su relieve. Mis hermanos apenas escuchaban las historias de mi padre, pero a él no le importaba. Siempre he sido su mejor oyente, y me gusta pensar que se prepara sus explicaciones pensando en mí. Calculo que tardaríamos poco más de media hora en llegar al Monasterio, paseando perezosamente por un colorido paisaje otoñal. Sin embargo, yo tenía la sensación de que acabábamos de salir del hotel, tan ensimismado estaba con la narración de mi padre.

En la puerta, cuando mis hermanos por fin atendieron brevemente y cayeron en la cuenta de dónde estábamos, las quejas no se hicieron esperar. Sólo la promesa de una tarde libre, sin museos e iglesias que visitar, calmó sus protestas. Pero ni siquiera una vez dentro mi padre consiguió despertarles el más mínimo interés por aquel lugar ni por los misterios que encerraba. Ni los recuerdos de la abadesa y su incontestable poder, ni las armaduras, lanzas y escudos que adornan las paredes del Monasterio, ni las bromas gastadas del guía, nada. Y en un desesperado intento por apartarme de sus estúpidos juegos fue cuando me perdí.

Recuerdo que de repente me encontré en una sala prácticamente vacía, con tres de sus cuatro paredes totalmente desnudas. En la única que no lo estaba colgaba un tapiz antiquísimo. Me acerqué a leer de qué se trataba, porque dos cosas llamaron inmediatamente mi atención. Por un lado lo desgastado que se encontraba, y por otro, que a diferencia de las mayoría de los objetos que habíamos podido ver en nuestros días por Castilla, aquel no tenía textos en latín, sino en árabe.

Cuando me acerqué un poco más, algo pasó corriendo por detrás de mí.

No le di mayor importancia, pero al momento noté una figura ya muy cerca de mi espalda. Cuando me di la vuelta allí estaba, y esta vez no solamente no corrió, sino que me dio la mano y me llevó con ella. Era una niña de unos trece años, como yo, pero no nos parecíamos en nada más. Su piel era mucho más morena que la mía y parecía recién salida de uno de esos mercadillos medievales que abundan en las fiestas de los pueblos. Algo en sus ojos y en su sonrisa despertaba confianza, así que ni siquiera opuse resistencia.

Salimos de aquella estancia, una cortina se cerró detrás de nosotros y, como si tal cosa, retrocedimos en el tiempo lo que entonces me pareció nada más que un montón de años y hoy sé que fueron algo más de ocho siglos. Ante mis ojos apareció un pequeño taller, y dos hombres conversaban ante un telar. Intenté oír lo que decían, pero cuando me acerqué lo suficiente me di cuenta de que no hablaban en castellano. No parecían notar mi presencia, y cuando intenté pedir una explicación a la niña, ésta me puso un dedo en los labios y me dijo:

- Mi nombre es Fátima. Tú no hables, porque, aunque no pueden verte, notarían algo extraño si hablaras o si hicieras un ruido muy fuerte. Yo te explicaré lo que sucede.

Asentí con la cabeza, demasiado intrigado para estar asustado, y ella continuó hablando:

- Esos dos hombres que ves ahí están discutiendo las condiciones de un antiguo trato. El que está sentado es el dueño de este taller, y también es el maestro artesano, como le llamáis los cristianos, responsable de esa maravilla que cuelga de la pared del fondo.

Y diciendo esto me señaló un tapiz que reconocí inmediatamente como el mismo que tanto había llamado mi atención hacía unos minutos. Pero recién terminado. Sus colores eran tan brillantes que enseguida comprendí que no estaba hecho de una tela común.

- Nada común – continuó la niña, como si me hubiera leído el pensamiento. – Se trata del pendón que encontraron los cristianos en la mismísima tienda del caudillo almohade Al-Nasir. Está fabricado con seda, plata y oro. Pero su valor no procede de los materiales con los que fue tejido, sino de su significado. Hace ochocientos años que dejó de estar en posesión de los musulmanes. Desde el mismo día que Navarra pasó a tener las cadenas en su escudo: el 16 de julio de 1212.

No dije nada, pero supongo que mi cara expresaba la sorpresa que me produjo la relación de ideas. Mi padre me había explicado que las cadenas del escudo de Navarra simbolizaban las que mantenían atados a los esclavos que debían proteger la vida del califa, para que no tuvieran la tentación de escapar durante aquella batalla. Pero no veía qué relación podían tener con el pendón. Una vez más, mi intérprete me leyó el pensamiento.

- La relación es bien sencilla. El hombre que está de pie es un enviado del califa. Tiene órdenes de llevarse el pendón porque cree que Alá lo va a proteger si es honrado con sus oraciones en el campo de batalla. Esos símbolos que observas son versículos del Corán que nosotros repetimos como forma de oración. Pero en este momento está incumpliendo parte del acuerdo que ambos hicieron, y esa será su perdición.

- ¿Qué clase de trato? ¿Y por qué no lo cumplió? ¿Y qué pasó después? – pregunté sin acordarme de que debía mantener el silencio.

Los hombres callaron repentinamente. Miraron asustados a su alrededor, después el uno al otro, y aun tardaron un tiempo en reanudar la conversación, en un tono mucho más bajo, como si temieran ser escuchados, como si de alguna manera notaran mi presencia.

Fátima me miró con cara de enfado. Iba a recordarme que no debía hablar pero creo que mi cara de susto era lo suficientemente sincera como para que no fuera necesario.

- El dueño del taller, el artista que hizo el pendón, le está recordando al enviado del califa que en el trato que hicieron en su momento hablaron de algo más que de oro. Acordaron que como pago por la obra de arte el califa prometió que permitiría que sus esclavos lucharan sin cadenas en la gran batalla contra los cristianos, para así poder honrar ellos también al profeta degollando infieles. Aquel fue el trato para elaborar el más bello tapiz que vieron estas tierras.

No hizo falta que me explicara nada más. Observé cómo el emisario del califa ordenaba que dos de sus hombres recogieran el pendón, arrojó una bolsa con monedas con gesto orgulloso sobre el suelo del taller y salió riéndose sin tan siquiera despedirse. El artista se agachó, humillado y, aunque no entendí lo que decía, claramente maldijo a sus deudores.

Y entonces lo comprendí todo. El califa incumplió su palabra, los esclavos lucharon encadenados y los cristianos consiguieron aquel día la victoria más importante de toda la Reconquista. Y con ellas dos de los símbolos más significativos: las cadenas del escudo de Navarra y el pendón de las Navas de Tolosa.

Cuando me volví para mirar a Fátima ya no la volví a ver. Me encontraba de nuevo en una de las salas del monasterio, muy cerca de donde había visto a mi padre y a mis hermanos por última vez. Enseguida oí sus voces, la de mi padre con algo de preocupación y las de mis hermanos con bastante de sorna:

- ¿Dónde te habías metido? Te llevamos buscando un buen rato.

Comprendí que no podía decir la verdad, así que no dije nada y salí tras ellos del monasterio. Por el camino de vuelta apenas crucé palabra con ellos, pero cuando ya llegábamos al hotel hice un aparte con mi padre y le susurré:

- Esta noche seré yo quien te cuente una bonita historia.